



**Discurso del Ministro de Educación, Cultura y Deporte**  
**D. José Ignacio Wert**  
**Entrega del Premio de Literatura en Lengua Castellana**  
**“Miguel de Cervantes” 2012**  
**a D. José Manuel Caballero Bonald**

***[Sólo son válidas las palabras pronunciadas]***

---

Altezas Reales,  
Señor Presidente del Gobierno,  
Señor Presidente de la Comunidad de Madrid,  
Señor Alcalde de Alcalá de Henares,  
Señor Secretario de Estado de Cultura,  
Señor Rector de la Universidad de Alcalá de Henares,  
Querido Premiado,  
Autoridades,  
Señoras y Señores,

Una vez más nos reunimos en este Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, bajo la presidencia de Sus Altezas Reales los Príncipes de Asturias, para entregar el máximo galardón de las Letras hispánicas a un autor de nuestra lengua común.

Cada nueva edición del Premio Cervantes distingue la obra personal de un escritor y amplía el canon literario del español. Se premia la ejemplaridad de aquéllos que, en el surco abierto por el autor del Quijote, han dado un sentido más alto a las palabras que constituyen el patrimonio fundamental de nuestra gente, de la gente de Cervantes.



Este año, la distinción recae en José Manuel Caballero Bonald, poeta, novelista y ensayista. Se premia la excelencia, la amplitud y la hondura de su obra. El Premio Cervantes esperaba a José Manuel Caballero Bonald, que a él estaba destinado desde que inició su andadura como escritor, y Caballero Bonald, con sinceridad que le honra, también esperaba al Premio Cervantes. “*Ya me tocaba*”, afirmó sin arrogancia —y nada es más arrogante que la falsa modestia— al conocer su otorgamiento.

Se reconoce así la grandeza de su literatura, que se ha nutrido de su rebeldía, de su valor cívico y del amor por la tradición del idioma. Por la tradición culta y por la tradición popular de toda la geografía del español, ya sea la de la poesía aureosecular, la del modernismo transoceánico y la de la modernidad española, la de la novela latinoamericana o la del cante jondo. Toda la riqueza de nuestras distintas expresiones literarias confluye en el crisol de su genio creativo.

La obra de este andaluz de Jerez, de raíces familiares cubanas y francesas, constituye uno de los pilares en que se asienta el puente que enlaza a España con Iberoamérica. Hoy, Caballero Bonald une su nombre al de sus declarados maestros del otro lado del Atlántico que honran asimismo el Premio Cervantes: Alejo Carpentier, Juan Carlos Onetti y Octavio Paz.

Se reconoce hoy, con el mismo galardón, la obra de un escritor que fue uno de los artífices de la gran renovación poética que llevó a cabo la generación del medio siglo o el grupo de los años cincuenta, una pléyade de creadores excepcionales que irrumpió en las letras españolas con la peregrinación a Colliure en 1959, para rendir homenaje a Antonio Machado ante su tumba, en el vigésimo aniversario de su muerte. Como en los casos del homenaje a Larra de los escritores del 98 y del homenaje a Góngora de los poetas del 27, la elección de Antonio Machado como ancestro simbólico de la nueva generación poética equivalía a un manifiesto. A una declaración de



principios. En la España del franquismo, los poetas jóvenes optaban por una poética del compromiso y por la restauración de una continuidad –negada desde la cultura oficial del régimen- con la otra España, la del exilio y la derrota. No sólo era una opción poética, sino hondamente moral.

Hace treinta y seis años, Jorge Guillén, una figura del exilio literario español, inauguró el Premio Cervantes en esta ciudad de Alcalá de Henares. Hoy, con Caballero Bonald, uno de los grandes representantes de la disidencia democrática bajo la dictadura franquista, establecemos el otro cabo de la línea canónica en la que se plasma la ininterrumpida continuidad de una literatura nutrida en el generoso espíritu de Cervantes al que se refirió Luis Cernuda. La obra del más ilustre hijo de Alcalá de Henares fue el mejor ejemplo de la aleación de imaginación y realismo, tradición y modernidad, arraigo en una lengua heredada del pasado y libertad y apertura en su tratamiento del presente. Cervantes, nuestro clásico mayor, sigue siendo nuestro contemporáneo. Su obra nos ofrece un inagotable venero de lecciones y enseñanzas.

Cervantes ignoraba, cuando recorría las calles de esta hermosa ciudad que le dio cuna, que no andaba en soledad, que llegarían hombres y mujeres que sabrían comprenderle, hombres y mujeres capaces de acoger lo nuevo y lo antiguo, el fulgor poético y la elaborada prosa, la vida genuina que vivifica la letra, o, en palabras de Carpentier, lo *“real maravilloso”*. La obra de José Manuel Caballero Bonald es, sin duda, uno de los lugares donde la lección de Cervantes cobra nueva vida y se actualiza. Sensible a la imaginación cervantina y familiarizado con sus giros y recodos, Caballero Bonald comparte con Luis Cernuda la convicción de que *“alguien que escribió el Quijote es un buen poeta”*. Al crear la novela moderna, Cervantes instala la poesía en el seno mismo de la narración.

Cervantes afirmó en *La gitanilla* que *“no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado, filosofía que alcanzan pocos”*. Caballero



Bonald, que es y se siente ante todo poeta, sabe bien que la poesía enriquece el espíritu de quien la cultiva y de quien la lee, pues en ella se alcanza, según sus propias palabras, *“la más alta temperatura que se puede conseguir manejando la lengua”*.

En los últimos años, la literatura de José Manuel Caballero Bonald se ha vuelto cada vez más autobiográfica, como lo demuestra su último libro, *Entreguerras*, un único y extenso poema. O sus libros de memorias. Sin embargo, no persigue la mera recapitulación de lo vivido, ni la acumulación de anécdotas y estampas biográficas, sino la reproducción del *“propio flujo y reflujo de los recuerdos”*, en un esfuerzo por demostrar que la literatura es una *“forma de celebrar la vida”*, como reflejaba el título de su primera recopilación poética: *Vivir para contarlo*.

Caballero Bonald ha gozado de la vida de un modo efervescente y pleno, situándose en las comarcas periféricas de lo cotidiano. Su obra es el recuento poético de lo vivido en las difusas fronteras que separan el territorio de lo acostumbrado y ordinario de los dominios fabulosos solamente abiertos al auténtico artista.

Las peripecias que recrea en *La novela de la memoria*, uno de sus libros más bellos y esclarecedores, dan testimonio de su ansia por ir más allá de los horizontes de la realidad. Los ejemplos son constantes. Ya de niño, en su casa jerezana, subía a la azotea en busca de emociones insólitas, ya fuera la de experimentar junto a su hermano Rafael con el viejo alambique de su abuelo, ya para rastrear las espumas de un océano no visible desde aquella población del interior, como si en su infancia, mucho antes de escribir sus primeros versos, hubiera invertido los recursos de su imaginación en invenciones de espejismos admirables.

Su pasión por el mar, el fascinante hechizo que ejercieron la inmensidad salvaje y el misterioso poderío de las aguas marinas sobre el niño, se



mantendría intacta a lo largo de su vida. Quizás influido por lecturas de Melville, Stevenson, de Conrad, de Jack London, el joven Caballero Bonald inició sus estudios en la Escuela Naval de Cádiz. Pero pronto se impondría su ambición literaria, y partió hacia Sevilla y, luego, hacia Madrid, donde se matriculó en Filosofía y Letras y se sumergió en los ambientes literarios de comienzos de los cincuenta, trabando amistad, entre otros, con los poetas latinoamericanos Jorge Gaitán, Ernesto Cardenal, Martínez Rivas y Mejías Sanchez, compañeros suyos en el Colegio Mayor Guadalupe. Pero el océano y sus elementos serán una presencia constante en su obra, como en el poema titulado "Barcos", donde reconoce haberlos amado

*"Como si fueran cuerpos,  
Como si fueran árboles,  
Como si fueran músicas..."*

Si el mar ocupó un lugar fundamental en su niñez, la noche se convertiría en el ámbito de su juventud, y en ella encontrará sus experiencias más intensas y azarosas. Agotará las madrugadas hablando de literatura y de otras pasiones, ya en las reuniones entre literarias y clandestinas en casa de Gabriel Celaya, o en los tumultuosos veranos de Palma de Mallorca, o en noches de París, de Bogotá, de La Habana o de Filadelfia...

También en la noche encontró una forma artística vitalista y exultante como pocas: el flamenco, alimento para su propio arte, al que ha dedicado un gran libro: *Luces y sombras del flamenco*, donde da cuenta de su atracción hacia las voces desgarradas y las virtuosas guitarras que descubrió en su adolescencia jerezana. Subrayando su inclinación por esas atmósferas minoritarias pobladas por gentes alejadas de los hábitos comunes, observará que *"el sentido primordial del flamenco es una habitación y cuatro o cinco personas oyendo cosas imposibles, es un arte propio de gente errática, menesterosa, vinculado a un clima tabernario, prostibulario"*.



Su arraigo en la tierra, su apego poético a la vida material y a los problemas de su tiempo, lo llevaron al compromiso. Ejemplifica la rebeldía, la desobediencia, la actitud crítica y responsable de quien busca libertad para la vida y para la escritura. Según Caballero Bonald, *“la gran literatura está hecha por grandes desobedientes y Cervantes fue uno de ellos, pues defendió todas las causas perdidas con su actitud de defensa del perseguido y de piedad frente al triste”*. Ha usado la palabra, su única arma, para sublevarse contra los atropellos del presente, sin abandonar por ello la exigencia formal y la elevación del estilo. Ya lo hizo en su primera novela, *Dos días de septiembre*, en la que retrató en toda su crudeza las degradantes condiciones de vida de los campesinos de Jerez, sumándose así a la narrativa social del medio siglo. En otra de sus novelas fundamentales, *Ágata ojo de gato*, ambientada en el territorio mítico de Argónida tras el que se adivina el Coto de Doñana, “tierra sacral” para el escritor, convierte a la naturaleza en protagonista, para defenderla de los abusos y desmanes que los hombres cometen en su afán por dominarla.

Es en uno de sus últimos poemarios, *Manual de infractores*, donde su voluntad de disidencia y protesta contra las aberraciones de nuestra sociedad se expresa de forma más radical y directa. En uno de los poemas del libro, *“Bienaventurados los insumisos”*, proclama que sólo quien rehúsa obedecer y desconfía tanto de la *“justicia con sus manos ciegas”* como de la *“bondad de ojos efímeros”*, sólo ese *“ha aprendido a vivir al borde de la vida”*. Otro poema del mismo libro, *“Pasión de clandestino”*, recoge un elogio a las luchas por las *“causas nobles”* y a los *“amorosos lances”* que dignifican y dejan *“un sedimento entre feliz y melancólico”*.

Su impulso crítico, con todo, no está reñido con la esperanza. Al contrario, el lector, al recorrer su obra, advertirá que, aun situándose en brumosas latitudes donde no existe norma ni concierto, aun sublevándose contra la miseria de la realidad, aun aceptando la duda y el escepticismo como



únicas certezas. Caballero Bonald conserva su capacidad de maravillarse ante cada milagro de la vida cotidiana:

*“Precisamente allí, hace ya tiempo,  
Percibí de improviso una presencia  
Parecida a la plenitud, ese raudo bosquejo  
Que irrumpe en la memoria y se incorpora  
Ya para siempre a los indubitables  
Rudimentos de felicidad.”*

Así escribe en *“La clave venturosa de la vida”*, recuperando un paisaje anodino asaltado de repente por un encuentro revelador, como si en el rincón más inesperado pudiera acontecer un destello bastante para iluminar la existencia entera:

*“Sólo eso,  
Unos ojos pendientes de los míos,  
Y en ellos, descifrándose,  
La clave venturosa de la vida.”*

Si hoy Caballero Bonald añade su nombre al de los grandes de las letras hispánicas, lo hace gracias a una obra valiente, duradera y personal. Gracias a una poesía que redime, salva y libera: al brío de un estilo que se alza contra lo irremediable, a la celebración de la vida, a la noche recobrada, a los barcos reales o soñados en los que se ha embarcado para saciar su sed de aventura. Como antes he recordado, su primera recopilación poética, en 1969, llevó por título *“Vivir para contarlo”*. La que hasta ahora es la última se titula como uno de sus más hondos e íntimos poemas *“Somos el tiempo que nos queda”*. Gracias a José Manuel Caballero Bonald, por haber decidido contarnos lo vivido y que ese brío que le acompaña siga haciéndolo en el fecundo tiempo que nos queda. ◊



MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN, CULTURA  
Y DEPORTE

José Manuel Caballero Bonald, Premio Cervantes 2012. Enhorabuena...

*Madrid, 23 de abril de 2013*  
*José Ignacio Wert Ortega*  
*Ministro de Educación, Cultura y Deporte*